

Los males de nuestro tiempo

JOSEBA ARREGI

Se ha ido desarrollando una cultura en la que el problema se celebra como una gran conquista: la muerte de la distancia



:: JAVIER MUÑOZ

Solía ser frecuente distinguir en política entre lo que era urgente y lo que era necesario. A esa distinción se le solía añadir un tono de queja de que la velocidad de crucero que había adquirido la política actual impedía que lo necesario se convirtiera en urgente, porque lo urgente no dejaba espacio alguno para pensar siquiera en lo necesario. Por esta razón acostumbraba a afirmar José Ángel Sánchez Asiain que, puesto que los políticos eran incapaces de mirar al largo plazo, alguien debía asumir esa función, para lo cual apuntaba a las fundaciones de las grandes empresas.

Uno de los males de nuestro tiempo, sin embargo, consiste en que se ha ido desarrollando una cultura en la que el problema se celebra como una gran conquista: la muerte de la distancia. Un libro que lleva ese título -'La muerte de la distancia'-, se refiere exclusivamente a la distancia física: ya

no existe la lejanía, todo está cerca, ya no hay distancia imposible, vivimos en un mundo convertido en nuestro propio barrio, sin que ello haya permitido un conocimiento mayor del barrio. Más bien al contrario: el desconocimiento que podemos tener de nuestro propios vecinos se traslada a todo el mundo que se ha convertido en nuestro barrio.

Pero no solo ha muerto en nuestra cultura la distancia geográfica, sino también la temporal. Hay quien le llama presentismo: no hay pasado, ni futuro. Todo se traduce a un enorme y eterno presente en el que ni la distancia que proporciona un pasado distante y distinto, ni la distancia de un futuro desconocido sirven para que los hombres actuales salgan de sí mismos y se esfuerzen en verse desde fuera, desde los puntos señalados por esa distancia temporal. El presentismo y el mundo convertido en mi barrio convierten a los hombres de hoy en centros totales de sí mismos: todo se interpre-

ta desde el yo mismo de cada uno, sus deseos traducidos a necesidades, sus necesidades traducidas a derechos, y sus derechos convertidos en derechos humanos para que nadie los pueda cuestionar. Una enorme inflación del yo, no limitado ni por la distancia física ni por la distancia temporal, es lo que caracteriza al hombre actual y a su cultura.

Esa ilimitación -perfectamente traducida en la publicidad como anulación del envejecimiento, como no reconocimiento de los límites de todo lo humano, como ampliación permanente de nuestras potencias, de la posibilidad de empezar siempre de nuevo, incluso en la vejez- ha producido una sensación de omnipotencia en la que nuestra cultura se ha regodeado de formas múltiples: la ciencia nos promete acabar con el envejecimiento, las fórmulas matemáticas prometían acabar con la incertidumbre de las inversiones y con rentabilidades que gozaban de la seguridad de la matemática, dis-

tintas ingenierías sociales y financieras ofrecían la posibilidad de acabar con la pobreza, con la injusticia, con los problemas de la organización del poder.

Si el pasado no nos condiciona porque lo desconocemos, no nos limita porque lo ignoramos; si el futuro nos lo estamos comiendo -literalmente- porque lo que importa es el presente y la satisfacción de nuestros deseos infinitos aquí y ahora; si el endeudamiento nos aporta la posibilidad de creer que los recursos son infinitos, que no necesitamos limitarnos porque estamos colonizando el futuro, el resultado final es que somos como dioses.

Hemos creado una cultura de Narcisos perfectos, bien porque hemos roto todos los espejos que nos podían enseñar nuestras limitaciones y condicionamientos, bien porque nos hemos dotado de espejos que lo único que reflejan es nuestro yo agrandado hasta límites insospechados. Hemos creado una cultura de un subjetivismo sin límites, en el que el diálogo no consiste en que la razón del otro pueda suponer la corrección de mi opinión, sino en la simple manifestación de mi subjetividad: es mi opinión personal, subjetiva, una introducción que indica que nada objetivo la puede limitar, ni condicionar, ni corregir. Los diálogos se han convertido en un intercambio de manifestaciones subjetivas grandilocuentes que no caben una junto a otra.

En tiempos en los que la religión importaba algo en la vida de las sociedades se planteaba una pregunta de difícil respuesta: si Dios es perfecto y omnipotente, ¿por qué existe el mal en el mundo? Era la pregunta de la teodicea. Una vez desaparecido Dios de la esfera pública -en eso consiste la modernidad y la aconfesionalidad del Estado- la única pregunta que cabe es la pregunta de la homodicea: si el hombre es lo único que existe, además sin pasado ni futuro, sino en un presente eterno, ¿por qué suceden las catástrofes económicas, financieras, ecológicas, de hambre, de guerras, de terrorismo que nos atentan?

Los griegos de la antigüedad tenían una respuesta: era la 'hybris', la soberbia humana la que provocaba los desastres. Somos nosotros en nuestra creencia de ser omnipotentes, de haber asumido el lugar dejado vacío por el Dios expulsado de la esfera pública, los que tenemos que asumir la responsabilidad de lo que hacemos y de lo que dejamos de hacer. Pero para ello necesitamos de espejos que nos muestren la distancia, el límite, nuestro condicionamiento, los espejos que hemos roto precisamente para que no nos reflejen nada de todo ello. Y por eso no nos queda más remedio que gritar siempre no he sido yo, ha sido mi hermano.